

19  
de  
J  
U  
N  
I  
O  
2021



### Queridos Hermanos:

Cada uno de nosotros estamos enraizados en una Familia, llamada a ser reflejo de ese amor y unión que reinó en la Sagrada Familia de Nazaret. Sin duda, mucho tenemos que trabajar para que ese reflejo sea lo más perfecto posible, pero mucho podemos y debemos aportar cada uno, para alcanzar ese logro y tenemos una gran intercesora para conseguirlo en nuestra Venerable Soledad.

Ella, huérfana a los 9 años, no pudo gozar de la protección entrañable de sus padres, pero a lo largo de su vida, allí donde ella entraba, se creaba un verdadero clima de Familia y luchaba con ternura y tenacidad, para que ese ambiente perdurase y se acrecentara, tanto en las Comunidades como en las Familias con las que se relacionaba.

Comenta una de las Religiosas, que al profesar en Ponce, fue destinada a la República Dominicana, al comunicárselo a sus padres, su madre le mostró su preocupación de que la sacaran de Puerto Rico. Al saberlo Madre Soledad no comentó nada, pero el día en el que la hermana tenía que viajar, fue ella misma a buscarla y en lugar de tomar el camino del aeropuerto, dio un buen giro por la Isla, hasta llegar a la casa de la hermana y, mientras ésta se despedía de sus hermanos, Madre Soledad tuvo un entrañable encuentro con la madre preocupada... y, “no se lo que hablarían, dice la hermana, pero mi madre volvió a sonreír y me animó entusiasmada a que siguiera mi camino con su bendición”.

Ahora desde el cielo, son muchas las gracias que Madre Soledad, alcanza para reconciliar a las personas, haciendo que en las familias se cree un ambiente de serena convivencia y apoyo mutuo, para seguir unidos adelante.

PIDAMOS LA INTERCESIÓN DE MADRE SOLEDAD, PARA QUE EN NUESTRAS FAMILIAS, SEAMOS UNOS PARA OTROS, REFERENCIA DE LOS VALORES CRISTIANOS Y SEMILLA DE ENTENDIMIENTO, PAZ Y UNIÓN.

## Premisa

Nos encontramos en pleno mes de junio, y nos detenemos para en este año de la Familia, reflexionar sobre la segunda parte del Capítulo primero de la Exhortación apostólica *Amoris Laetitia*, (“La alegría del amor”):

Al adentrarnos en la lectura de la Biblia percibimos que “está poblada de familias, de generaciones, de historias de amor y de crisis familiares” (AL 8) y a partir de este dato se puede meditar cómo la familia no es un ideal abstracto sino un “trabajo *artesanal*” (AL 16) que se expresa con ternura (AL 28), pero que se ha confrontado también con el pecado desde el inicio, cuando la relación de amor se transforma en dominio (cfr. AL 19). Entonces la Palabra de Dios “no se muestra como un secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor, y les muestra la meta del camino” (AL 22) Sagrada Escritura y familias en dificultad.

Desde la primera página, donde entra en escena la familia de Adán y Eva con su peso de violencia, pero también con la fuerza de la vida que continúa (cf. Gn 4), hasta la última página, donde aparecen las bodas de la Esposa y del Cordero (cf. Ap 21,2.9). Las dos casas que Jesús describe, construidas sobre roca o sobre arena (cf. Mt 7,24-27), son expresión simbólica de tantas situaciones familiares, creadas por las libertades de sus miembros, porque, como escribía el poeta, «toda casa es un candelabro» (Jorge L. Borges). Entremos ahora en una de esas casas, guiados por el salmista, a través de un canto que todavía hoy se proclama tanto en la liturgia nupcial judía como en la cristiana: «¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos! Del trabajo de tus manos comerás, serás dichoso, te irá bien. Tu esposa, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como brotes de olivo alrededor de tu mesa. Esta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida; que veas a los hijos de tus hijos. ¡Paz a Israel!» (Sal 128,1-6). 29. Las responsabilidades de la familia cristiana. Con esta mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, de familia humana y de Trinidad divina, contemplamos la familia que la Palabra de Dios confía en las manos del varón, de la mujer y de los hijos para que conformen una comunión de personas que sea imagen de la unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La actividad generativa y educativa es, a su vez, un reflejo de la obra creadora del Padre. La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse. Termina el primer capítulo presentando el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianeidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas para reconocerla como modelo de toda historia familiar (nº30).

## Capítulo primero: Segunda parte (nº 19-30)

### UN SENDERO DE SUFRIMIENTO Y DE SANGRE

19. El idilio que manifiesta el Salmo 128 no niega una realidad amarga que marca todas las Sagradas Escrituras. Es la presencia del dolor, del mal, de la violencia que rompen la vida de la familia y su íntima comunión de vida y de amor. Por algo el discurso de Cristo sobre el matrimonio (cf. *Mt* 19,3-9) está inserto dentro de una disputa sobre el divorcio. La Palabra de Dios es testimonio constante de esta dimensión oscura que se abre ya en los inicios cuando, con el pecado, la relación de amor y de pureza entre el varón y la mujer se transforma en un dominio: «Tendrás ansia de tu marido, y él te dominará» (*Gn* 3,16).

20. Es un sendero de sufrimiento y de sangre que atraviesa muchas páginas de la Biblia, a partir de la violencia fratricida de Caín sobre Abel y de los distintos litigios entre los hijos y entre las esposas de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, llegando luego a las tragedias que llenan de sangre a la familia de David, hasta las múltiples dificultades familiares que surcan la narración de Tobías o la amarga confesión de Job abandonado: «Ha alejado de mí a mis parientes, mis conocidos me tienen por extraño [...] Hasta mi vida repugna a mi esposa, doy asco a mis propios hermanos» (*Jb* 19,13.17).

21. Jesús mismo nace en una familia modesta que pronto debe huir a una tierra extranjera. Él entra en la casa de Pedro donde su suegra está enferma (*Mc* 1,30-31), se deja involucrar en el drama de la muerte en la casa de Jairo o en el hogar de Lázaro (cf. *Mc* 5,22-24.35-43); escucha el grito desesperado de la viuda de Naín ante su hijo muerto (cf. *Lc* 7,11-15), atiende el clamor del padre del epiléptico en un pequeño pueblo del campo (cf. *Mt* 9,9-13; *Lc* 19,1-10). Encuentra a publicanos como Mateo o Zaqueo en sus propias casas, y también a pecadoras, como la mujer que irrumpe en la casa del fariseo (cf. *Lc* 7,36-50). Conoce las ansias y las tensiones de las familias incorporándolas en sus parábolas: desde los hijos que dejan sus casas para intentar alguna aventura (cf. *Lc* 15,11-32) hasta los hijos difíciles con comportamientos inexplicables (cf. *Mt* 21,28-31) o víctimas de la violencia (cf. *Mc* 12,1-9). Y se interesa incluso por las bodas que corren el riesgo de resultar bochornosas por la ausencia de vino (cf. *Jn* 2,1-10) o por falta de asistencia de los invitados (cf. *Mt* 22,1-10), así como conoce la pesadilla por la pérdida de una moneda en una familia pobre (cf. *Lc* 15,8-10).

22. En este breve recorrido podemos comprobar que la Palabra de Dios no se muestra como una secuencia de tesis abstractas, sino como una compañera de viaje también para las familias que están en crisis o en medio de algún dolor, y les muestra la meta del camino, cuando Dios «enjuagará las lágrimas de sus ojos. Ya no habrá muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor» (*Ap* 21,4).

## La fatiga de tus manos

23. Al comienzo del Salmo 128, el padre es presentado como un trabajador, quien con la obra de sus manos puede sostener el bienestar físico y la serenidad de su familia: «Comerás del trabajo de tus manos, serás dichoso, te irá bien» (v. 2). Que el trabajo sea una parte fundamental de la dignidad de la vida humana se deduce de las primeras páginas de la Biblia, cuando se declara que «Dios tomó al hombre y lo colocó en el jardín de Edén, para que lo guardara y lo cultivara» (*Gn* 2,15). Es la representación del trabajador que transforma la materia y aprovecha las energías de lo creado, dando luz al «pan de vuestros sudores» (*Sal* 127,2), además de cultivarse a sí mismo.

24. El trabajo hace posible al mismo tiempo el desarrollo de la sociedad, el sostenimiento de la familia y también su estabilidad y su fecundidad: «Que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida; que veas a los hijos de tus hijos» (*Sal* 128,5-6). En el libro de los Proverbios también se hace presente la tarea de la madre de familia, cuyo trabajo se describe en todas sus particularidades cotidianas, atrayendo la alabanza del esposo y de los hijos (cf. 31,10-31). El mismo Apóstol Pablo se mostraba orgulloso de haber vivido sin ser un peso para los demás, porque trabajó con sus manos y así se aseguró el sustento (cf. *Hch* 18,3; *1 Co* 4,12; 9,12). Tan convencido estaba de la necesidad del trabajo, que estableció una férrea norma para sus comunidades: «Si alguno no quiere trabajar, que no coma» (*2 Ts* 3,10; cf. *1 Ts* 4,11).

25. Dicho esto, se comprende que la desocupación y la precariedad laboral se transformen en sufrimiento, como se hace notar en el librito de Rut y como recuerda Jesús en la parábola de los trabajadores sentados, en un ocio forzado, en la plaza del pueblo (cf. *Mt* 20,1-16), o cómo él lo experimenta en el mismo hecho de estar muchas veces rodeado de menesterosos y hambrientos. Es lo que la sociedad está viviendo trágicamente en muchos países, y esta ausencia de fuentes de trabajo afecta de diferentes maneras a la serenidad de las familias.

26. Tampoco podemos olvidar la degeneración que el pecado introduce en la sociedad cuando el ser humano se comporta como tirano ante la naturaleza, devastándola, usándola de modo egoísta y hasta brutal. Las consecuencias son al mismo tiempo la desertificación del suelo (cf. *Gn* 3,17-19) y los desequilibrios económicos y sociales, contra los cuales se levanta con claridad la voz de los profetas, desde Elías (cf. *1 R* 21) hasta llegar a las palabras que el mismo Jesús pronuncia contra la injusticia (cf. *Lc* 12,13-21; 16,1-31).

## La ternura del abrazo

27. Cristo ha introducido como emblema de sus discípulos sobre todo la ley del amor y del don de sí a los demás (cf. *Mt* 22,39; *Jn* 13,34), y lo hizo a través de un principio que un padre o una madre suelen testimoniar en su propia existencia: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (*Jn* 15,13). Fruto del amor son también la misericordia y el perdón. En esta línea, es muy emblemática la escena que muestra a una adúltera en la explanada del templo de Jerusalén, rodeada de sus acusadores, y luego sola con Jesús que no la condena y la invita a una vida más digna (cf. *Jn* 8,1-11).

28. En el horizonte del amor, central en la experiencia cristiana del matrimonio y de la familia, se destaca también otra virtud, algo ignorada en estos tiempos de relaciones frenéticas y superficiales: la ternura. Acudamos al dulce e intenso Salmo 131. Como se advierte también en otros textos (cf. *Ex* 4,22; *Is* 49,15; *Sal* 27,10), la unión entre el fiel y su Señor se expresa con rasgos del amor paterno o materno. Aquí aparece la delicada y tierna intimidad que existe entre la madre y su niño, un recién nacido que duerme en los brazos de su madre después de haber sido amamantado. Se trata —como lo expresa la palabra hebrea *gamul*— de un niño ya destetado, que se aferra conscientemente a la madre que lo lleva en su pecho. Es entonces una intimidad consciente y no meramente biológica. Por eso el salmista canta: «Tengo mi interior en paz y en silencio, como un niño destetado en el regazo de su madre» (*Sal* 131,2). De modo paralelo, podemos acudir a otra escena, donde el profeta Oseas coloca en boca de Dios como padre estas palabras conmovedoras: «Cuando Israel era joven, lo amé [...] Yo enseñe a andar a Efraín, lo alzaba en brazos [...] Con cuerdas humanas, con correas de amor lo atraía; era para ellos como el que levanta a un niño contra su mejilla, me inclinaba y le daba de comer» (11,1.3-4).

29. Con esta mirada, hecha de fe y de amor, de gracia y de compromiso, de familia humana y de Trinidad divina, contemplamos la familia que la Palabra de Dios confía en las manos del varón, de la mujer y de los hijos para que conformen una comunión de personas que sea imagen de la unión entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. La actividad generativa y educativa es, a su vez, un reflejo de la obra creadora del Padre. La familia está llamada a compartir la oración cotidiana, la lectura de la Palabra de Dios y la comunión eucarística para hacer crecer el amor y convertirse cada vez más en templo donde habita el Espíritu.

30. Ante cada familia se presenta el icono de la familia de Nazaret, con su cotidianeidad hecha de cansancios y hasta de pesadillas, como cuando tuvo que sufrir la incomprensible violencia de Herodes, experiencia que se repite trágicamente todavía hoy en tantas familias de prófugos desechados e inermes. Como los magos, las familias son invitadas a contemplar al Niño y a la Madre, a postrarse y a adorarlo (cf. *Mt* 2,11). Como María, son exhortadas a vivir con coraje y serenidad sus desafíos familiares, tristes y entusiasmantes, y a custodiar y meditar en el corazón las maravillas de Dios (cf. *Lc* 2,19.51). En el tesoro del corazón de María están también todos los acontecimientos de cada una de nuestras familias, que ella conserva cuidadosamente. Por eso puede ayudarnos a interpretarlos para reconocer en la historia familiar el mensaje de Dios.



## ORACIÓN DEL PAPA FRANCISCO POR LAS FAMILIAS

Jesús, María y José  
en vosotros contemplamos  
el esplendor del verdadero amor,  
a vosotros, confiados, nos dirigimos.

Santa Familia de Nazaret,  
haz también de nuestras familias  
lugar de comunión y cenáculo de oración,  
auténticas escuelas del Evangelio  
y pequeñas iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret,  
que nunca más haya en las familias episodios  
de violencia, de cerrazón y división;  
que quien haya sido herido o escandalizado  
sea pronto consolado y curado.

Santa Familia de Nazaret,  
haz tomar conciencia a todos  
del carácter sagrado e inviolable de la familia,  
de su belleza en el proyecto de Dios.

Jesús, María y José,  
escuchad, acoged nuestra súplica.

Amén.